

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



DOCTRINA NÁHUATL ACERCA DE LA PERSONA

Conocido ya el pensamiento de los *tlamatinime* sobre el origen de los seres humanos, toca analizar ahora sus ideas acerca de la naturaleza y existir del hombre sobre la tierra (in *tlaltípac*). Varios son los problemas que en este punto se planteó la mente náhuatl. En primer término está el ya aludido de la verdad misma del hombre. Luego el de su concepción de la persona humana, el de su querer o albedrío y por fin el no menos apremiante del destino del hombre, así como de su eventual supervivencia más allá de la muerte. En esta sección comenzaremos por tratar de los dos primeros temas íntimamente relacionados entre sí: la doctrina náhuatl acerca de la personalidad y la verdad del hombre.

Se ha mencionado varias veces a lo largo de este trabajo la pregunta formulada explícitamente por los *tlamatinime* acerca de la *verdad* de los hombres. En principio, podemos decir que, al haberse relacionado el origen del hombre con *Ometéotl*, se encontró ya la primera raíz fundadora de la *verdad* de los seres humanos. Mas, si se enfoca ahora el problema, no ya desde el punto de vista del origen, sino desde el de la existencia temporal del hombre sobre la tierra, entonces su *verdad* toma una connotación que se refiere a la constitución o “esencia” misma del ser humano. Cabe, por consiguiente, poner al descubierto su íntima relación con lo que en el pensamiento náhuatl vino a ser el constitutivo verdadero del hombre: su peculiar concepción de lo que llamamos persona.

Innumerables son los textos nahuas donde en una forma o en otra se menciona expresamente el difrasismo náhuatl que encierra la idea que estudiaremos. De preferencia analizaremos algunos lugares de los llamados *huehuehtlahtolli*, o pláticas de viejos, en los que, como se ha dicho, se conservan importantes ideas acerca del hombre y su vida moral.

En el *huehuehtlahtolli A*, publicado por Garibay, nos encontramos con un discurso clásico de parabién a unos recién casados, en el que, no obstante algunas manifiestas interpolaciones de tipo cristiano, hechas tal vez por el padre Carochi, se conserva fundamentalmente el pensamiento náhuatl original. Después de hacer mención expresa del rito náhuatl del matrimonio, consistente en atar la *tilma* o capa del hombre con el *huipilli* o camisa de la mujer, tal como se ilustra en el *Códice mendocino*, y en medio de una larga serie de recomendaciones, aparece varias veces el siguiente difrasismo, dirigido aquí a los recién casados y empleado como término personal para referirse a aquellos con quienes se habla:

Daré pena a vuestros rostros, a vuestros corazones...¹⁷

Hago reverencia a vuestros rostros, a vuestros corazones...¹⁸

Hallándonos aquí ante un difrasismo del tipo de “flor y canto”, es necesario que descubramos cuál es su sentido más hondo. El solo hecho de que, como hemos visto, haya servido para señalar a aquellos con quienes se habla, muestra claramente que se trata de un modo de designar los “yos” de los interlocutores. Recordando ahora dos textos citados en el capítulo primero, tal vez lograremos precisar este punto. Se nos dice en el primero de ellos que el filósofo náhuatl es “quien enseña a la gente a adquirir y desarrollar un rostro” (*te-ix-cuitiani, te-ix-tomani*).¹⁹ Por tanto, el sentido de la palabra rostro (*ix-tli*), aplicado al yo de la gente, obviamente no debe entenderse aquí anatómica, sino metafóricamente, como lo más característico, lo que saca del anonimato a un ser humano. Rostro es, pues, para los *tlamatinime* la manifestación de un yo que se ha ido adquiriendo y desarrollando por la educación. Y como nueva comprobación de esto encontramos que cuando se describe al engañador o sofista se dice que es “quien pierde a los rostros ajenos”

¹⁷ “Huehuetlatolli, documento A”, publicado por Ángel María Garibay K., en *Tlalocan*, México, v. I, n. 1, 1943, p. 38; *AP I*, 41.

¹⁸ *Ibid.*, p. 39; *AP I*, 41.

¹⁹ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 118v.

(*te-ix-poloa*), así como “quien los hace desviarse” (*te-ix-cuepani*).²⁰ Puede, por consiguiente, concluirse que *rostro* connota aquí lo que caracteriza la naturaleza más íntima del yo peculiar de cada hombre.

Un segundo texto nos aclarará ahora el sentido de *yóllotl*: corazón, que forma también parte del difrasismo que estudiamos:

Por esto das tu corazón a cada cosa,
sin rumbo lo llevas:
vas destruyendo tu corazón.
Sobre la tierra, ¿puedes ir en pos de algo?²¹

El “dar su corazón a alguna cosa” equivale en el texto a “ir en pos de algo”. El corazón (*yollotl*) –voz derivada de *yoli*, “él vive”– significa literalmente “vitalidad”, es decir aquello que confiere dinamismo al yo. El *yollotl* entre otras funciones posee la de anhelar algo. Aquí aparece buscando la poesía y el saber. La misma idea la expresa este otro canto:

Ladrón de cantares, corazón mío,
¿dónde los hallarás?
Eres menesteroso,
como de una pintura, toma bien lo negro y rojo (el saber).
Y así tal vez dejes de ser un indigente.²²

Pintando este poema al corazón del sabio como “un menesteroso” y “ladrón de cantares”, deja ver simultáneamente que el sentido de *corazón* es señalar el dinamismo del yo, que, tratando de llenar su propio vacío, busca, anhela y roba los cantos. Puede, pues, concluirse sobre la evidencia de los textos aducidos que *in ixtli*, *in yóllotl* (cara, corazón) es un clásico difrasismo náhuatl forjado para connotar lo que es exclusivo del hombre: un yo bien definido, con rasgos peculiares (*ixtli*: rostro) y con un dinamismo (*yóllotl*: corazón) que lo hace ir en pos de las cosas, en busca de algo que lo colme, a veces sin rumbo (*a-huicpa*) y a veces hasta dar con “lo único verdadero, en la tierra”, la poesía, flor y canto.

²⁰ *Loc. cit.*

²¹ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 2v; AP I, 1.

²² *Ibid.*, f. 68r; AP I, 42.

Y así como hay rostros bien definidos y corazones que latan con fuerza, hay así también caras borrosas y corazones que se han perdido a sí mismos. Por esto, *tu cara, tu corazón*, en el pensamiento náhuatl define a la gente. Es el equivalente de lo que, según nuestro modo occidental de pensar, llamamos *personalidad*. Sólo que, conviene repetirlo, valiéndose del difrasismo los *tlamatinime* que acuñaron esta idea, aunando metafóricamente dos aspectos fundamentales del yo: su fisonomía interior y su fuente de energía, hicieron saltar la chispa de la comprensión, que lleva a vislumbrar lo que es la persona.

Y hay que añadir, para juzgar en todo su valor la concepción náhuatl de la persona, que ésta se nos presenta en estrecha armonía con lo que se ha ido descubriendo acerca del carácter intuitivo del pensamiento de los *tlamatinime*. No es una definición a base de género y diferencia específica. Es una mirada viviente que, a través del rostro, apunta a la fisonomía interna del hombre y que en el palpitar del corazón descubre simbólicamente el manantial del dinamismo y el querer humanos. Y como una consecuencia de esto, encontramos que la idea náhuatl del hombre, en vez de ser cerrada y estrecha, deja abierto el camino a la educación concebida como formación del rostro de los seres humanos y como humanización de su querer. Y tan llegó a ser esto una idea hondamente arraigada en el educador náhuatl, que se le vino a llamar *te-ix-tlamachtiani*, “el-que-enseña-a-los-rostros-de-la-gente”:

El que hace sabios los rostros ajenos,
hace a los otros tomar una cara,
los hace desarrollarla...
Pone un espejo delante de los otros, los hace
cuerdos, cuidadosos,
hace que en ellos aparezca una cara...
Gracias a él la gente humaniza su querer
y recibe una estricta enseñanza...²³

²³ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 118v; AP I, 8. Un comentario detallado de este texto podrá hallarse en el capítulo I de este trabajo.



En este sentido, enseñar a “tomar rostro” y “humanizar el querer” de sus educandos parecen haber sido la meta buscada por los maestros en los *Calmécac*. Y es que sólo formando un auténtico *rostro y corazón* en cada hombre podría éste escaparse del sueño de *tlaltícpac*, para llegar a dar con su propia *verdad*. Únicamente así encontraría al fin la senda que lleva a “lo verdadero en la tierra”, a la respuesta con *flores y cantos* que ofrece un velado sentido al misterio de vivir y sufrir en *tlaltícpac* (sobre la tierra).